

peraban sus enemigos, más tranquilo y seguro de sí mismo estaba Lenine».

En una página admirable, Máximo Gorki evoca la figura del apóstol comunista con impresionante relieve: «Lenine habla en las reuniones obreras. Su verbo es de una simplicidad sorprendente; sus palabras son de hierro; su lógica, de hacha, pero nunca le he oído una frase de vulgar y aparatosa elocuencia. Habla siempre de la misma cosa: de la necesidad de suprimir de raíz la desigualdad social y de los medios de conseguirlo. Esta antigua verdad vibra en sus labios con un sonido claro, implacable, y se advierte que cree en ella inquebrantablemente, que tiene la fe serena de un fanático, que no es un metafísico. Me parece que lo individual, lo humano, apenas le interesa; que sólo piensa en los partidos, en las masas, en los Estados. En ese terreno goza de la intuición genial de un pensador experimentado. Posee esa dichosa claridad de pensamiento que sólo se obtiene a costa de una labor tenaz, ininterrumpida.

«Un francés me preguntó una vez: —¿No le parece a usted que Lenine es una guillotina que piensa?

«Y le respondí:—Yo compararía mejor el trabajo de su pensamiento al de un martillo colosal consciente, cuyos golpes redujesen a polvo lo que desde hace mucho tiempo era preciso destruir».

Un filósofo francés dedicó un libro a las ideas-fuerzas, que van labrando su camino entre los hombres, como los ríos a lo largo de la tierra. Existen ellas, sin duda, pero quizá son más eficaces y decisivos los hombres-fuerzas, que manejan esas ideas como un ariete y cuya energía ciclópea les da vida, las impone y forma con ellas una nueva conciencia. Entre esos hombres está Lenine, destructor y constructor de poder fabuloso. Pensador ignorado y solitario por más de treinta años, se reveló como un elemento de acción incontrastable; a golpes de audacia adquirió el mando que buscaba; en el ardor de la lucha, cometió muchos excesos y atacó algunas de las mejores cosas que tiene la vida, la libertad de pensar, el respeto a las ideas ajenas, pero también destruyó muchas iniquidades y echó las bases de un mundo nuevo, más propicio a los humildes, menos sujeto al peso abrumador del capitalismo.

¿Qué quedará de la obra de Lenine? A un espíritu liberal, su dictadura del proletariado parece tan odiosa y perjudicial como la antigua dictadura de los favorecidos de la fortuna, y los ideales socialistas parecen más amables y fecundos dentro del evolucionismo generoso del laborismo inglés,

que al rojo resplandor del comunismo ruso.

Muere Lenine el mismo día en que el Labour Party sube al poder en Inglaterra, y hay algo de simbólico en ese hecho, que parece marcar el fin del fanatismo doctrinario y la nueva era del sereno desarrollo de un nuevo ideal. Pero en éste habrá mucho del espíritu, de la energía, de la fe ardiente que caracterizó al enorme revolucionario ruso, cuya labor marcará una etapa en la marcha de la humanidad. Si sus herederos no son como los de Alejandro; si el pueblo ruso, fría la mano que lo dirigió en los últimos

años, no se entrega a la locura de la anarquía, continuará siendo el laboratorio de una civilización más humana y justiciera que la anterior y en cuyo pórtico se erguirá la figura recia, austera y violenta de este transformador de pueblos, implacable y frío como una fuerza de la naturaleza, que a un tiempo destruyó y creó y deja inscrito para siempre su nombre en los anales de la humanidad, entre luces y sombras, que tienen mucho de horror de un incendio, pero mucho también de las promesas de una aurora.

(El Tiempo, Bogotá).

Glosas

LENIN Y POINCARE

EL paralelo entre Lenin y Poincaré acude a los puntos de mi pluma con una insistencia que puede parecer caprichosa. ¿Quién resiste, empero, a la tentación de recoger tantos rasgos de parecido como la actualidad ha ido sacando a luz y acusando con precisión creciente, entre las dos figuras de místico más poderosas, más peligrosas, que ha conocido la política contemporánea?

Si nos fijamos bien, lo último en que las dos han coincidido es en la muerte. Falleció Lenin el lunes pasado cerca de Moscú víctima de una parálisis y de la bala de Dora Kalpan. La muerte de Poincaré se presenta mucho menos aparatosa. Le han matado—no todos lo han visto todavía— la caída brusca del franco y la triple sucesiva victoria comicial, parlamentaria, gubernamental, del laborismo inglés.

Ganancia grande, la que en todos estos acontecimientos halla nuestra Europa. Sus dos peores enemigos de los últimos tiempos, los que venían amenazando con tan graves peligros su normal existencia y a la vez sus tradiciones más claras de racionalidad noble, de clásica continuidad, acaban de recibir sendos golpes mortales. Empieza a hundirse el orientalismo ruso. Empieza a hundirse el nacionalismo francés... No ha costado poco. Fuerzas románticas las dos, venenosas suscitaciones del instinto y de lo inconsciente contra el resplandor de la inteligencia, representaban, como es natural, cada una un agente separatista, un elemento de disgregación contra la fundamental unidad europea. Bien puede decirse que máximas angustias que han oprimido el ya penoso despertar de Europa, después del mal sueño de la guerra, se han llamado Asia y Francia.

Aliviada, Europa respira. Respiraremos también nosotros. La crónica nos presenta hoy, acaso por postrera vez, las dos fisonomías juntas. La cara de Lenin, la cara de Raymond Poincaré, —chatas las dos, de ojos oblicuos, de aire eslavo— ¡estirpe lorena con mezclas oscuras de estirpes de Polonia!— Y este aire vago de adormecimiento bizco que da el haber gustado excesivamente de la sangre...

LENIN Y MAC DONALD

Aquí la actualidad nos tienta más imperiosamente a las funciones del pequeño plutarquismo. Desde luego, un paralelo se impone; se ha dibujado inmediatamente en todas las conciencias. Para la esperanza, en muchas; en otras, para la aprensión y el sobresalto.

Empecemos haciendo observar que *bolchevismo* es el nombre más feo y bárbaro del mundo, al paso que no hay otro como *laborismo* en el vocabulario de la política, de corte tan clásico y gentil. Si la música y la etimología del primero nos parecen monstruosas y las del segundo tan elegantes, no es poca, por otra parte, la diferencia que separa los respectivos contenidos de concepto. Significa *bolchevismo* adición a la mayoría; cosa mecánica, de masa, número, peso. Al contrario, *laborismo* implica una principalidad atribuida al trabajo: cosa de espíritu, de virtud, maña, asiduidad. El uno, en la estrategia de la pugna social, sugiere victoria de la fuerza; el otro, victoria del arte... No vacilará en la elección el amigo de la inteligencia y de la luz.

Pero hoy no queremos encarnarnos con dos doctrinas, sino con dos hombres; y así como la condena de Lenin la traía nuestra aversión por su fanatismo, la sospecha sobre Mac Donald